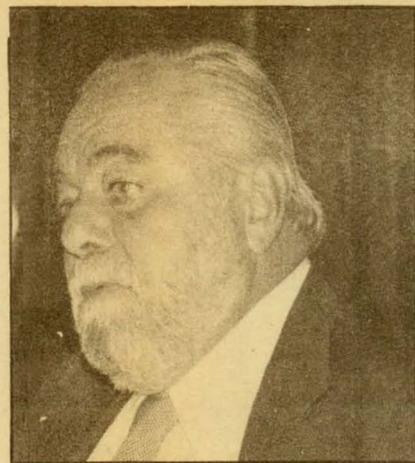
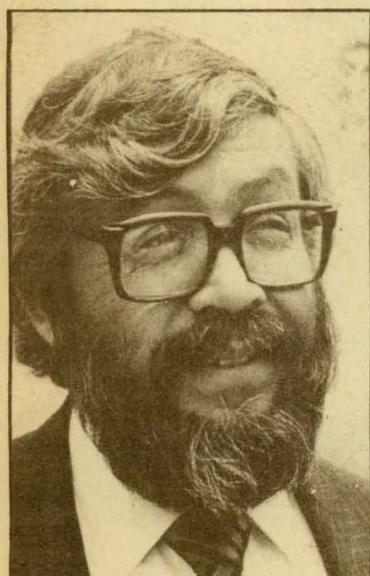


Clouthier No Es Un Apóstol



10 Febrero-1988. - No. 1807 Siempre!

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



Sorprende —me sorprende a mí, por lo menos— la capacidad de olvido del público: Manuel J. Clouthier aparece ahora como un moderno Madero, un apóstol de la democracia, un predicador de la libertad. Y no es más que un dirigente empresarial que en defensa de los intereses que antes patrocinó directamente, ahora se cobija bajo el ala de un partido político al que antes vio con desdén.

Es preciso, por ello, caracterizar adecuadamente la índole de la candidatura de Clouthier, su talante demagógico, su habilidad para la simulación, que ha esparcido la idea de que la suerte de su postulación es la suerte del país. Es preciso recordar que en aras de los intereses que le son propios —en el doble sentido de que son suyos

y los ha representado— Clouthier ha transitado por diversas formas de relación con el régimen al que ahora ataca frontalmente desde una candidatura presidencial.

Como empresario agrícola y líder de los agricultores sinaloenses, hace apenas quince años que Clouthier compartía la visión política e histórica de buena parte del priísmo de esa entidad, el mismo al que pertenecieron por citar sólo dos ejemplos, los gobernadores Alfredo Valdez y Antonio Toledo. Para esa corriente priísta, con la que Clouthier se identificaba, como lo han hecho en el pasado y siguen haciéndolo cientos de hombres de negocios en esa y otras entidades, no hay frontera entre los asuntos mercantiles y los políticos. Unos y otros se condicionan, unos y otros se sirven recíprocamente. Por eso, siguiendo una trayectoria que otros en su situación habían recorrido, y otros más recorrieron después, Clouthier entró en los cálculos priístas, y él se avino a un tratamiento que le parecía normal, para la integración de los ayuntamientos. Fue sólo por circunstancias fortuitas que no ganó la candidatura del PRI a la alcaldía culiacanense. Su caso hubiera sido semejante al de Toledo Corro que en Mazatlán, como presidente de la Cámara de Comercio local, transitaba con normalidad hacia la cabeza del cabildo. Es un ejercicio estéril imaginar lo que pudo haber sido y no fue, pero si nos lo permitimos, tal vez ahora Clouthier, si hubiera obtenido el apoyo priísta por el que pujaba, sería gobernador de Sinaloa, como lo fue su par Toledo Corro, o hasta sería secretario de Agricultura, en un gobierno federal como el presente, con el que tiene más afinidades prácticas de las que en su actual condición puede reconocer.

Pero las cosas son como son. Y fallido su intento, compatible con su biografía, de ser candidato priísta, Clouthier orientó su energía al ámbito de la representación privada. Llegó a ser, entonces, presidente de la Confederación Patronal de la República Mexicana, la Coparmex. Los centros locales de esa confederación ha descubierto la brutal sinceridad que hay en la palabra patrón; han descubierto como remite crudamente a una relación de trabajo feudal, y han buscado rebautizarse como centros empresariales. Pero la Coparmex sigue siendo orgullosamente patronal, inequívocamente, para que no haya duda de los intereses que la fundaron y a los que sirve.

La Coparmex fue un intento, logrado cabalmente, de algunos grupos capitalistas por jugar un doble papel en la integración del Estado que surgió después de la Revolución. Simultáneamente con la promul-

gación de la Carta Constitucional, el ingeniero Alberto J. Pani, por cuenta de Carranza, estableció con los dueños del dinero un pacto significativo en la integración patronal en las confederaciones de cámaras de comercio y de industria. Al paso del tiempo, éstas se configuraron en organismos de afiliación obligatoria y en puente entre el sector privado y el público. Sobre todo en tiempos recientes, ese carácter de bisagra, que facilitaba contacto con uno y otro segmentos de la sociedad, permitió a no pocos dirigentes de organismos de esa clase arribar a puestos gubernamentales de significación. Acuden a la cabeza en esa condición los nombres de don José Campillo Sáinz, José Gómez Gordo, Prudencio López, Francisco Cano Escalante, etcétera.

Pero para mejor servir a sus intereses, y no depender de un solo conducto de relación con el gobierno, los patrones más recalcitrantemente partidarios de que el Estado sea un simple servidor de sus intereses, organizaron la Confederación Patronal, como sindicato de dueños de empresa al que se afilia el que quiere. Desde su origen, a esa vertiente del agrupamiento patronal correspondió la exposición y defensa de las posiciones más duras y agresivas, capaces de crear las condiciones para que la Concanaco y la Concamín, menos agresivos en su trato, pudieran negociar acuerdos excelentes, desde su punto de vista, con el gobierno.

Clouthier es un patrón y un representante de patrones. El carácter sectorial de sus intereses ha sido claro y explícito desde que asumió el liderazgo de la Confederación correspondiente y lo mostró sin ambages cuando fue presidente del Consejo Coordinador Empresarial, el mismo órgano que en diciembre pasado fue convocado por el gobierno para la firma del Pacto de Solidaridad Económica. Agustín Legorreta, que ahora preside el CCE, es un líder del mismo talante ideológico que Clouthier y sus intereses son los mismos, al grado que la última gran campaña nacional del ahora candidato presidencial panista, previa a la que realiza en estos días, fue en combate contra la nacionalización bancaria, que afectaba centralmente a Legorreta.

Hace sólo tres años y medio que Clouthier resolvió ingresar en el PAN. Lo hizo cuando, por un lado, advirtió que ese partido se estaba convirtiendo en una fuerza creciente, que le permitiría alcanzar los propósitos que antes quiso lograr en el PRI; y, por otro lado, cuando quedó convencido de que el proyecto gubernamental, tan semejante al de los patrones y al del panismo, se realizaría más prontamente sometido a una presión que lo dirigiera sin duda al rumbo deseado por los patrones. Y así ha sido, a fe mía.

Clouthier, y los patrones como él, hacen su juego. Tienen pleno derecho, como ciudadanos, a participar en política electoral, en los partidos que los admitan. Y hasta es comprensible que recurran a la simulación o por lo menos a soslayar sus verdaderas convicciones y biografía (en una entrevista reciente, por ejemplo, se preguntó a Clouthier si en verdad había pedido al PRI una alcaldía, y como no puede negarlo enfáticamente, sentenció con el falso tono de campechanía que ha adoptado, que las alcaldías se piden al pueblo). Pero frente a ese derecho, otros tenemos otro: el de procurar que el engaño quede patente.

Clouthier no es un apóstol de la democracia. Sirve a sus intereses, que no son los intereses de la mayoría. Consiguió ya confundir al panismo al grado de que lo hizo su candidato presidencial aun cuando poco tiene que ver con la tradición fundadora del partido. Está confundiendo también a porciones amplias del electorado que por bien justificado antigobiernismo buscan una opción mejor. Clouthier no lo es. Representa los intereses a los que sirve el gobierno. Al votar por él se votaría por la peor cara del gobierno al que se quería combatir.